

El Occiso

[11 DE ABRIL DE 1937]

MARÍA VIRGINIA ESTENSSORO

I

Fue como un despertar.
Un despertar de sueño clorofórmico.
Un despertar que venía de la nada, una nada hecha de pesadilla y de opresión.
Le arrancaron la vida de cuajo.
Y se congeló de Infinito.
Y ya no sintió más.
Se transformó, quizá, en un trozo de hielo; tal vez, en una piedra fría y negra.
Y ya no fue.
Ya no fue... y ahora, era otra vez.
Había vuelto de la nada, y en la nada seguía. Estaba formado de vacío, de silencio, de inmovilidad y de frío.
De un frío de éter.
Era ahora, de éter y de desesperación.
Había despertado de un sueño clorofórmico, con una lentitud de siglos.
Había despertado de un sueño de piedra, en una vida de hielo.
Despertó muerto.
Estaba muerto: sin voz, sin movimiento, sin vista, sin calor!
Con la sangre coagulada.
Con los miembros yertos, tiesos y endurecidos.
Con las pupilas fijas y dilatadas, como bolas de cristal.
Con las manos crispadas, los oídos tapiados y el cerebro en febril actividad...
Entonces, su desesperación, su angustia, su vacío, su soledad y su silencio, se agudizaron, se exasperaron, y se poblaron de horror: se llenaron de tinieblas y de nieblas; de penumbras de orto y de oscuridades de pavor...
Pensó.
Primero poco a poco; después, con celeridad pasmosa, con velocidad inconcebible, atravesando todas las capas, y todos los límites, y todos los espacios.
Galopó sobre el Tiempo y bebió la Distancia.
Fue más allá de lo Eterno y Absoluto.
Y el pensamiento se le rompió de pánico, se le quebró de espanto, se le trizó de miedo.
Si hubiera estado vivo, se le habría erizado los cabellos mojados de sudor, y se le habrían desgarrado las fauces como ramajes resecos.
No pudo gritar.
Ni pudo levantarse y huir.
Estaba amurallado en el ataúd.
Muerto.
Definitivamente muerto.
Era el occiso.
Era el occiso, el difunto pálido, el extinto lívido.
Era el finado de los cuentos de ánimas.
Y el muerto, el fantasma, sufría tan horriblemente, tan espantosamente, como nunca pudieron sufrir todos los vivos.



Era un terrible automartirio en el que el pensamiento le servía de estilete y de cuchillo.
Era un dolor tan enorme, que fue haciéndose palpable y consistente; que fue espesando el vacío, colmando la soledad, volcándose en la nada.

Era un dolor profundo y hondo como el agujero en que yacía; un dolor profundo y hondo que crecía y se agigantaba, y que iba, tal vez, a romper la caja, la muralla, el límite...

Y el occiso tremaba de alegría al pensar en su liberación.

El hombre resurgía en el muerto, y soñaba como hombre que fue, no como larva que era, como fantasma que nacía.

Saldría, con su suplicio tremendo, de este in pace implacable, y podría expandirse, esparcirse, volar!...

Pero, después, como a un hombre, le retornaba la duda, y comprendía que se quedaría allá, bajo la tumba blanca de cal, encajonado en la madera dura, por siempre, por toda una eternidad.

Y el miedo se le enroscaba otra vez en el cerebro, se le ovillaba en la mente, y lo enloquecía de pavor.

Pavor, ¿por qué? Si en las horas pretéritas, después del día de fatiga, de trabajo o de placer, sentía una dulce alegría con la pequeña muerte de cada noche, y se tendía blandamente en el túmulo blanco del lecho para ser cadáver unas horas...

Pavor, ¿por qué?

Y el occiso seguía pensando, en un suplicio cada vez más inmenso y más feroz.

Tan inmenso y tan feroz, que se hinchaba, inflando y conmoviendo la fosa con un rumor sordo y lúgubre...

Y la nada se volvía densa.

La nada se espesaba de una lava pululante, de un líquido viscoso, con olor a humedad y a moho.

¿Era que su pensamiento había envejecido, y se cubría de herrumbre y de óxido?

¿Era que su dolor se materializaba, convirtiéndose en una vegetación parasitaria, que, como inquieto azogue, le nacía en los muslos, en las corvas, en el vientre, por el cuello, por el pecho?...

¿Era, que un musgo fétido, con hedor de podredumbre, le brotaba en las cuencas orbitarias, le escocía en las fosas nasales, y le rebalsaba por los pómulos, como gotas de sangre tibia y negruzca?

¿Eran los gusanos?...

Ay!!!!

ERAN LOS GUSANOS!

Ay! Ay! Ay!

Eran los gusanos, gordos, redondos, pegajosos, viscosos, llenos de babas y de pus.

Eran los gusanos, que se arracimaban, que se multiplicaban, y que crecían, subían, bajaban, y corrían por todo su cuerpo en surcos flemosos.

Eran los gusanos que se lo comían como pulpos ávidos, como vampiros insaciables y voraces...

Eran sus cuerpos anillados y blanduzcos, que le chupaban todo el ser, con besos asquerosos de encías desdentadas...

Eran los gusanos, sus compañeros últimos, sus amigos postreros, los que llenaban su vacío y su soledad!

Y el occiso iba desfalleciendo más pronto y deshaciéndose más rápido en tal compañía.

Las costillas, desmochadas, se le astillaban desprendiéndose del esternón.

Los órganos, las vísceras, las entrañas, habían desaparecido.

El cuajarón sanguinolento del corazón, que estaba congelado, pero en su lugar, se había desgajado de raíz.

La carcoma le roía los huesos, e iba trepando implacable.

Por los oídos sintió una salmodia de réquiem, un doliente himno ultra terreno...

Y, de la superficie del cráneo mondo, penetró aquella masa pegajosa en la cavidad de la



cabeza, y fue rodeando los caracoles de las circunvoluciones cerebrales.
 Y otra vez, el occiso, se perdía, con lentitud de siglos, en el sueño clorofórmico...
 Otra vez era de hielo, de éter y de nada.
 Todavía le quedaban retazos de pensamiento, girones de idea...
 La memoria se iba hundiendo blandamente en un bloque de algodón.
 Se esforzaba en recordar...
 ¿Qué había aquí hace un minuto?
 ¿Qué había?
 ¿Qué había?
 Persistía aún el recuerdo fugaz:
 —Un tul color de naranja rodeando una garganta—.
 Pero, enseguida, inmediatamente, ese mismo instante, no había ya color, ni tul, ni garganta.
 ¿Qué tenía aquí ahora, ahora mismo?
 ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?
 Le quedaban todavía dos compases, ocho notas de un minueto de Beethoven:
 —Tralalá, lalalalá, la, lalá...
 ¿Y ahora?
 —Tralalá, lalalalá...
 ¿Y ahora?
 —Tra, la...
 Y no más
 ¡NO MÁS!
 Estaba otra vez perdido para siempre en la nada, disuelto en el vacío, hundido en el sueño clorofórmico.
 Se iban alejando los gusanos. Habían terminado de comer.
 Sin embargo, uno insistía, el último, chupando impávido el único cuajo de sangre que quedaba.
 El último gusano... el último gusano... debía ser de luz, de una luz verde...
 Ay!!!
 Y el grito del occiso al terminar, fue un grito de espasmo, una convulsión de placer. Fue, como la postrera eyaculación.

Fuera, rebrillaba el sol, y anidaban los pájaros en los ramajes verdes y jugosos, cantando como locos.
 Y el occiso, todo espíritu, se bañaba en luz.

II

Se le había petrificado la estructura ósea.
 Era un esqueleto pelado, mondo, extendido en la cripta húmeda, sin un rezago de carne.
 Todo lo que en él había tenido palpitación vital, se reducía ahora a un puñado de cenizas.
 Quedaba solo el hueso vuelto piedra, fosilizado, endurecido, renegrido. La materia orgánica mineralizada e inerte.
 Era un espectro formado de larvas que vagaban: larvas de ensueño que, otrora, fueron sus centros sensoriales y anímicos, ahora desintegrados de la materia y que hacían un halo luminoso en torno al esqueleto.
 Y el halo luminoso se fue poco a poco apagando y enfriando, y se condensó en una forma inmaterial que, transponiendo la cripta helada y húmeda, se elevó a lo Infinito.
 Fue una forma ambulante, el espectro vagabundo, el conglomerado de la fuerza sensitiva y cerebral que se separaba totalmente de la vida y de lo humano, y se perdía en lo ignoto, oscuro, tenebroso y abismal.



Fue una forma sin forma, que era tal vez alada, a la que rodeaba un negro círculo de cuervos como una corona de espinas.

Y este conjunto informe, deshumanizado y fantasmal, tenía sensaciones de amputado; poseía una especie de muñones flácidos de los que se hubiera cercenado la energía, la voluntad, la fuerza animadora de la vida.

Por eso, ese espectro podía percibir todavía con un recuerdo del color, con una memoria del contorno, con una idea vaga, remotísima de la forma.

El espectro no tenía cuerpo, ni tenía alma; pero, era el ser en esencia. No era espiritual, ni elemental, ni cósmico. Era esencia: como una fría gota de éter condensada en el espacio, como un vaho denso, como un vapor errante.

¡Era el Ser!

El Ser sin palpitaciones, sin vibración, sin movimiento. El Ser que puede sólo vagar y elevarse como una niebla.

Y esa niebla, atravesó, en una navegación flotante e inmóvil, países melancólicos y espeluznantes, con arborecencias fosfóricas y fúnebres, con fosforescencias monstruosas. Países de alas de murciélago; de jarales donde pájaros de largos picos duros y animales montacargas, dormían pesados sueños seculares. Países de buhos disecados; de culebras de escamas nieladas; de lagos bruñidos como acero, sin ondas y sin murmullos y ríos vinosos como sangre coagulada que no tenían corriente.

Y, luego, se alzó por sobre atmósferas de emanaciones palúdicas y por sobre climas envenenados y estériles, hasta llegar ante un estanque de estaño del que emergía una catedral de mármol negro, de cuyos campaniles bajaba un hilo muy tenue, muy dulce y muy triste de música.

Era una música melódica con modulaciones de infinita suavidad, una música que no tenía arpeggios ni acordes, ni armonía. Una música sin ritmo ni compás, en la que no brotaban sollozos ni estallaban alegrías; una música que en el mundo terrenal se habría llamado celeste.

Y era, que en el alto campanile unas criaturas de largas alas de cisne y garras de fiera, con cerúleas pupilas de arcángel y bocas de vampiro, tañían un extraño concierto de cítaras, de guzlas, de laúdes, de violas y de arpas de cuerdas dulcísimas. De las garras delicadas se desprendía la melodía continua como una hebra de luz, que oía sin oídos y sin alma, el Ser, el Espectro.

III

Después el Ser perdió hasta la noción de las sensaciones y de las ideas.

Ya no había Vida ni Muerte.

No existía el Tiempo, ni los Límites, ni la Libertad.

La Libertad no podía ser amplia, ni enorme, ni magnífica, por las circunscripciones se habían borrado totalmente.

Todo concepto había desaparecido.

Sólo la extensión se llenaba de Espacio y de Eternidad.

Espacio perdido en el fondo y limitadamente profundo y desconocido de la extensión.

Y Eternidad sin duración y sin medida.

Pero, como en la Vida y en la Muerte, perduraba la angustia.

Se debía llegar al FIN. El FIN inconmensurable, último, terrible y definitivo.

Terrible, fuerte, recto y desnudo como una espada.

El FIN hacia el que había navegado por países de nocturno y de música y al que buscaba por el Espacio inaccesible y astral y por la Eternidad infinita y llena de vértigos.

Y la angustia del Ser, traspasó la claridad lunar del Espacio inalcanzable y la lividez polar del arcano eterno para acercarse al FIN.

Y empezó a girar como en vueltas locas de un juego de ruleta, que fueron creciendo en marejadas gigantes y tornándose en enormes masas de agua; océanos de océanos que



pasaban el tiempo incalculable con un ruido atronador, quebrando la angustia del Ser. Y cada inmensa masa de agua, cada océano de océanos, con su ruido ensordecedor, con su música profundamente aterradora, daba lugar a otra montaña colosal de olas huracanadas que a su vez arrastraban a otros montones de aguas atronantes. Era una ululación horripolante y un frío de carámbano deshelado, cada vez más fuerte, cada vez más pavoroso.

Y cada sábana inmensa y fría que pasaba por la angustia del Ser perforando su espanto, era un Siglo.

Y los Siglos se sucedían a los Siglos y el ruido crecía más y más.

No había otra cosa que agua y ruido.

El Espacio y la Eternidad estaban casi tan lejos como la Muerte y como la Vida.

El vacío no se hinchaba de nociones, de ideas, de conceptos, de retazos de fuerza; sino que estaba combado en una preñez gigante, de siglos de agua y de ruido.

Y la angustia del Ser flotaba, se sumergía, salía a la superficie de esas aguas, buscando el Espíritu del Génesis que, «al principio se movía sobre el az de las aguas» y que absorbiéndolo, sería por fin el FIN. ❖



Nota.- *El Occiso* de María Virginia Estensaco fue escrito y publicado originalmente el 11 de abril de 1937, cuando apenas concluía su primera parte. Posteriormente, en 1938 la autora escribió la segunda y tercera partes, pensando quizás en una futura reedición, que finalmente en 1971 se llevó a cabo gracias a sus hijos y la Editora los Amigos del Libro. Es de notar que este singular texto y también mucho de su obra narrativa, conforman esa literatura de vanguardia de fines de los años 30 que hoy los lectores comienzan a enbeber, a descubrir, al igual que *Pirotecnia* (La Paz, 1936) de su contemporánea Hilda Mundy.

